

---

Hablar con Jesús

**ORAR CON...**  
**LA VIDA DE LOS SANTOS**

Laureano J. Benítez Grande-Caballero  
Óscar Alberto Peña Mayoral

3ª Edición

**DESCLÉE DE BROUWER**

---

# Índice

<b>Introducción</b> .....	7
<b>1. .... El camino de Damasco</b>	
<b>(La conversión)</b> .....	17
Las señales de Dios .....	23
La conversión a través del sufrimiento ...	29
La determinación a la santidad.....	34
La santidad en la vida cotidiana .....	40
La llamada dentro de la llamada.....	50
El hijo pródigo.....	55
<b>2. Llama de amor viva</b>	
<b>(La oración)</b> .....	69
La Eucaristía: encuentro personal con Jesús.....	71
La oración: una relación de amor .....	78
La noche oscura del alma.....	83
Vivir en la presencia de Dios.....	87
Cómo oraban los santos .....	94
El poder de la oración .....	105

<b>3. Las dos coronas</b>	
<b>(La abnegación del yo)</b> . . . . .	111
La puerta angosta: el sentido de la mortificación. . . . .	118
Cargando con las pequeñas cruces . . . . .	128
Los cimientos del castillo: la humildad . . .	133
<b>4. El Reino de la caridad fraterna</b> . . . . .	143
Amar es compartir. . . . .	145
El hambre de amor. . . . .	158
El valor de una sonrisa. . . . .	172
<b>5. La vida oculta de Nazaret</b>	
<b>(La santidad en la vida diaria)</b> . . . . .	177
La vocación matrimonial . . . . .	181
La santificación del trabajo. . . . .	195
La santidad en nuestras relaciones con los demás . . . . .	202
La alegría: «Un santo triste es un triste santo» . . . . .	207
<b>6. El monte de los santos</b>	
<b>(La Cruz)</b> . . . . .	217
El sufrimiento vicario . . . . .	220
En la cima del Gólgota . . . . .	237
Los héroes del amor . . . . .	246
<b>Epílogo</b> . . . . .	269
<b>Bibliografía</b> . . . . .	273

## Introducción

«**M**uchos creyentes se sienten atormentados, porque los hechos de la Salvación, o nunca les han impresionado, o ya no les impresionan tanto como debieran, pues ya no conservan para sus vidas la fuerza formativa de otros tiempos. La lectura de la vida de los santos les hace volver a la realidad y ver que donde la fe es en verdad vivida, allí la doctrina de la fe y las grandes obras de Dios constituyen el núcleo de la vida. Cuando un alma santa acepta así las verdades de la fe, éstas se le convierten en la ciencia de los santos» (**Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz**).

«Nada hay tan útil para aleccionar al pueblo de Dios como el ejemplo de los santos, porque, si bien es cierto que la elocuencia es muy importante para exhortar y en ocasiones es eficaz para persuadir, no lo es menos que los ejemplos son más poderosos que las palabras, y que una buena obra enseña más que un discurso» (**san Agustín**).

La historia de la Iglesia es, en gran medida, la historia de sus santos. Incluso se podría decir que la finalidad de la Iglesia es convertir en santos a todos sus miembros, si por santos entendemos aquellos que llegan a ser verdaderos imitadores de Cristo. Así, al menos, lo entendían los primeros cristianos, hasta el punto de que San Pablo usa la palabra “santos” para referirse a todos los fieles (2 Cor 13,12; Ef. 1,1). Este sentido se trasluce también en aquella frase que define a la Iglesia como un “Pueblo de Sacerdotes”.

Dios ha llamado a todos los hombres a ser santos: *«Sed santos... porque Yo, el Señor, soy santo»* (Lev 19,2; Mt 5,48). Ser santo es participar de la santidad de Dios. Cristo vino al mundo para mostrarnos esa santidad divina, y el camino para alcanzarla.

Pero esta santidad es algo que tenemos que conseguir aquí, en la tierra, en la vida presente, aunque sólo adquiera su perfección en la eternidad del cielo.

*«Dios tiene un final destinado para la humanidad: la santidad. Su meta exclusiva es la producción de santos»* (**Oswald Chambers**).

Si Cristo es el único modelo de santidad, y los santos le imitaron, de aquí se deduce que ellos son también modelos, pues nos enseñan que es posible vivir el Evangelio, evitando así adaptarlo a nuestra comodidad y a las desviaciones de la cultura. Podríamos decir que, así como Jesús afirmaba que

«quien me ve a Mí ve al Padre que me envió» (Jn 12,45), quien ve a los santos ve también al Cristo que vive en ellos.

*«Si Jesucristo resucitado está vivo, debe habitar en alguna parte y se debe poder encontrar su dirección, para encontrarle y tomar contacto con Él, si no afirmar la resurrección de Jesús significaría una entelequia. Ciertamente, hay lugares privilegiados donde se le puede encontrar, estoy pensando en particular en la Eucaristía y en el Evangelio: pero me pregunto si daría enseguida estas dos direcciones a uno que me preguntase y me confesarse su deseo de “ver” a Cristo.*

*Creo que si Jesús está vivo hoy, se le puede encontrar en ciertos hombres a los que se llama santos, que pueden decir, como San Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,2). Es a esos hombres a quienes hay que encontrar primero, verlos vivir y, después, leer el Evangelio para darse cuenta de cómo funciona un santo, es decir, un hombre que vive a Cristo resucitado» (Jean Lafrance, **Mi vocación es el amor**, p. 8).*

El santo imita a Cristo practicando la virtud en grado heroico. Esta virtud heroica es el criterio que determina la santidad a los ojos de la Iglesia, aunque para su formalización canónica haga falta la constancia de los milagros. Sin embargo, el calificativo de heroica no quiere decir que esta virtud esté destinada a ser practicada solamente por unos pocos superdotados.

«Virtud heroica no quiere decir que el santo sea una especie de “gimnasta” de la santidad, que realiza unos ejercicios inasequibles para las personas normales. Quiere decir, por el contrario, que en la vida de un hombre se revela la presencia de Dios, y queda más patente todo lo que el hombre no es capaz de hacer por sí mismo. Quizá, en el fondo, se trate de una cuestión terminológica, porque el adjetivo “heroico” ha sido con frecuencia mal interpretado: virtud heroica no significa exactamente que uno hace cosas grandes por sí mismo, sino que en su vida aparecen realidades que no ha hecho él, porque él sólo ha estado disponible para dejar que Dios actuara. Con otras palabras, ser santo no es otra cosa que hablar con Dios como un amigo habla con el amigo. Esto es la santidad.

Quien tiene esta vinculación con Dios, quien mantiene un coloquio ininterrumpido con Él, puede atreverse a responder a nuevos desafíos, y no tiene miedo; porque quien está en las manos de Dios, cae siempre en las manos de Dios. Es así como desaparece el miedo y nace la valentía de responder a los retos del mundo de hoy» **(Cardenal Joseph Ratzinger –S.S Benedicto XVI–, L’Osservatore Romano, 6 de octubre de 2002).**

Santa Teresa de Lisieux explicaba así, con su habitual sencillez, en qué consiste la virtud heroica que es la base de la santidad: la abnegación.

*«La santidad no consiste en esta o aquella práctica, sino que consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre.*

*Siempre he deseado ser santa, pero, cuantas veces me he comparado con los santos, siempre he comprobado que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cima se pierde en los cielos y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes.*

*Pero, en vez de desanimarme, me he dicho a mi misma: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Acrecerme es imposible; he de soportarme a mi misma tal y como soy, con todas mis imperfecciones».*

Estas palabras dejan entrever asimismo que el camino de la santidad, aunque requiera heroísmo, está abierto para todos nosotros, no sólo como invitación, sino como exigencia, y es un error pensar que sólo incumbe a las personas consagradas, que es una “cosa de curas y monjas”. Desde el concilio Vaticano II se advierte una corriente dentro de la Iglesia que busca reconocer y alentar la santidad de los laicos.

*«Tienes obligación de santificarte. Tú también. ¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdo-*



tes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: “Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto”.

Todo hombre y toda mujer está llamado a amar a Dios con todo su corazón y con toda su mente y con toda su alma, y a amar a su prójimo como a sí mismo, no como una simple posibilidad teórica, sino como una realidad práctica. Dios llama a todos los bautizados a la plenitud de la santidad» (**San José María Escrivá de Balaguer**).

Santiago Martín, en su obra *Los santos protectores*, abunda en la misma idea:

«Con frecuencia, antes y ahora, hay gente que identifica la santidad con la extravagancia. Es como si el modelo de santidad para el cristiano fueran esos faquires indios que duermen sobre clavos, tragan sables y escupen fuego. Es cierto que en nuestro santoral hay hombres extraordinarios —como San Pedro de Alcántara, que apenas dormía y del que santa Teresa decía que parecía hecho de raíces—, pero también es cierto que han existido otros hombres, como Juan XXIII, que han demostrado que se puede amar a Dios hasta el extremo sin ser un figurín o un modelo de ascética y penitencia.

En cualquier situación en que nos hallemos podemos ser santos. Por lo tanto, no debemos pensar que para alcanzar la santidad necesitaremos que tal o cual circunstancia de la propia vida desaparezca, que tal o cual persona modifique su carácter o su com-

*portamiento hacia nosotros. No debemos pensar que conseguiríamos ser mejores si tuviéramos más cultura, si hubiéramos nacido en otra familia y nos hubieran dado una formación cristiana más esmerada. Más aún, no deberíamos creer que podríamos ser santos si desaparecieran ciertas tentaciones ante las que sucumbimos con frecuencia, o si la naturaleza nos hubiera dotado con un mejor carácter, o si pudiéramos encontrar el tiempo que no tenemos para rezar más.*

*Con lo que tienes, tienes que ser santo, tienes que luchar por ser lo mejor posible, por más que probablemente nunca logres ser perfecto. Porque, en realidad, ser santos no siempre consiste en ser perfectos o, al menos, no siempre consiste en tener la perfección del que nunca ha cometido ningún tipo de pecado».*

Vivir la santidad en medio del mundo no es fácil, pero esto no debe servir de excusa para dejar de intentarlo, para rendirnos de antemano. Lo que Dios nos pide no es el éxito, sino nuestra fe sincera, nuestro esfuerzo perseverante y nuestra actitud de entrega.

*«Cuando Cristo dice: “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados” (Mt 11,28), se lo está diciendo a los que están fatigados y no pueden seguir tratando de practicar la ley sin conseguirlo, y no a los que descansan. Pero hay que tratar de hacerlo, sin embargo, y quererlo.*

He aquí el problema práctico: “No hago el bien que debería hacer; y hago el mal que no quiero” (Rm 7,15). Frente a esta imposibilidad práctica, se da la tentación de confesar: “No puedo”. Esta confesión muchas veces no es sino la ocultación del verdadero motivo por el que rehuimos el camino de la santidad: “No quiero”.

Si la confesión de nuestra impotencia es sincera, demuestra falta de fe y de confianza: lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mt 18,3). Cuando no conseguimos renunciarnos en un punto —por ejemplo, la cólera, la impureza o la intemperancia—, hay que intentarlo, sin embargo, sabiendo que no se trata de tener éxito. La frontera está trazada entre los que lo intentan y los que no lo intentan. Entre dos personas que obtienen los mismos resultados, puede haber un abismo: están los que quieren renunciar y no pueden, y están los que se las arreglan para quedarse tranquilos. A fuerza de enfrentarse con el espectáculo de su debilidad, se duermen en una seguridad hipnótica: “¡Dios no pide tanto!”, dicen, y con esta expresión se han cerrado el camino a su santificación» (**Jean Lafrance, Mi vocación es el amor, págs. 165-166**).

Acabamos esta introducción con unas palabras reveladoras del cardenal Rouco Varela, pronunciadas durante la apertura del proceso de

---

canonización de una mujer seglar. En ellas se hace un llamamiento claro a vivir la santidad en la vida ordinaria, el cual es el objetivo de la presente obra, por lo que estas palabras pueden ser un fiel resumen de su contenido:

*«Uno se pregunta por qué este interés de la Iglesia en la actualidad por el reconocimiento de la santidad en los seglares. En los distintos campos de la vida, de la existencia del hombre, en el desarrollo de la sociedad, en la configuración de la cultura, de los grandes debates..., en todas las profesiones y a través de todas ellas, si de verdad en esos campos y en esos espacios parciales que configuran la totalidad de lo humano hay santos, toda la realidad que ellos, a través de su profesión, tocan, manejan y guían, quedará también tocada por la santidad de los que viven su vocación como santos o con vocación de santidad.*

*Es posible que en los siglos XX y XXI sea más necesario que en otras épocas de la historia reconocer la vocación a la santidad como vocación específica y típica de los seglares. No sé si porque vivimos un tiempo en la historia de la Iglesia en que lo no santo, las fuerzas en las que se presenta, se desarrolla y actúa el poder del mal, del pecado, son tan terribles, tan increíblemente fuertes. El reto a Cristo es tan total, tan radical, tan extraordinario, tan planteado desde todos los rincones de la vida, que parece como si la Iglesia,*

*sus hijos y sus hijas, estuviesen llamados a responder a ese reto con un sí radical, total, concreto al Señor y a su seguimiento, y que lo deban vivir en todos los ámbitos de la vida y de la historia de donde surge la oposición a Cristo.*

*Santos, la Iglesia los ha necesitado siempre, los ha habido siempre. Los ha habido siempre en todas las profesiones y los ha habido también, evidentemente, a través de aquellas vocaciones que están vinculadas al servicio y al ministerio de la presencia de Cristo entre los suyos, y ha necesitado también la santidad de los seglares, muchas veces anónima, desconocida, no reconocida después oficialmente. Hoy los necesita reconocidos, subrayados y afirmados explícitamente. Santos, muchos, en medio de la historia humana, porque el pecado es fuerte, grande, poderoso, retardador».*

\* \* \*

# 1

## El camino de Damasco (La conversión)

**E**n aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, diciendo: «Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca (...) Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mateo 3,1-2,10).

*«Si no te conviertes a Dios, serás un desdichado, dondequiera que estés y a cualquier parte que vayas» (Kempis).*

El camino hacia la santidad comienza siempre por una llamada, que se expresa en las palabras con las que Jesús nos invita a seguirle: «Ven y sígueme» (Mt 19,21). Esta llamada no sólo se dirige a un grupo selecto de héroes y superdotados en el espíritu, a una élite de personas predestina-

das a la santidad, sino que va dirigida a cada uno de nosotros, sin distinción —«*Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto*» (Mt 5,48)—, pues la llama divina que habita en nuestros corazones es la misma para todos, al igual que la gracia del Espíritu Santo que la vivifica y anima.

Esta llamada nos invita a una conversión, es decir, a una transformación y a un cambio en nuestra vida, con el fin de que la vivamos según un compromiso más radical con el mensaje evangélico, abandonando la tibieza y la mediocridad de nuestra fe. El objetivo final de esta conversión no es otro que un seguimiento más comprometido de Jesús, meta de la verdadera vida cristiana.

Si el fin de nuestra vida es amar a Dios, la santidad consiste en un amor total e incondicional a Dios. Esta llamada que nos convierte podría compararse a un “flechazo”, a ese momento en el cual nos enamoramos verdaderamente de Dios. Por eso la conversión consiste primeramente en un cambio del corazón —«*Oh, Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme*» (Salmo 50)—, en transmutar nuestro “corazón de piedra” en un “corazón de carne”. También se la puede comparar con un “despertar”, o con un nuevo “nacimiento”, como explicaba Jesús a Nicodemo (Jn 3,1-15). Este renacer supone “dejar el hombre viejo” para revestirnos del nuevo,

que ha nacido del Espíritu, y suele empezar por un reconocimiento de nuestros errores, por un arrepentimiento sincero de nuestras faltas, acompañado de un propósito de enmendar nuestros yerros y luchar para ser mejores. Por esta razón suele compararse la conversión a un regreso a Dios, del cual la historia del hijo pródigo es un magnífico ejemplo.

Sin esta conversión es imposible hacerse santos, pues santo es aquel que ha oído esta llamada y se ha entregado a ella incondicionalmente. Muchos de nosotros hemos oído esa llamada, y hemos intentado responder a ella con sinceridad, pero, enredados en el laberinto del mundo, distraídos por otras llamadas provenientes de las numerosas solicitudes con las que nos acosa la vida material, hemos aflojado en nuestro empeño y desandado nuestros pasos, convenciéndonos de que esa llamada no era para nosotros, de que vivimos sueños de grandeza, de que, después de todo, “Dios no nos pide tanto”. Es así como la semilla divina va siendo sofocada por la cizaña, hasta que la maleza de la vida cotidiana nos hace errar el camino, y perdemos la determinación de seguir hasta la meta.

Junto a las tentaciones que nos rodean, otra causa por la que solemos abandonar nuestra vocación de santidad es la dolorosa toma de conciencia de nuestra pequeñez, que nos hace sentirnos



limitados y pobres ante una tarea tan ardua y un camino tan largo, imposibilitados para subir a un “Monte Carmelo” que parece lejano e inaccesible. Pero, como decía san Agustín, *«Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar, te enseña a que hagas cuanto puedes, y a que pidas lo que no puedes»*.

Es más: según los santos, precisamente la humildad que surge del reconocimiento de nuestra miseria es el primer peldaño de la escala hacia la santidad:

*«Todos los creyentes hemos verificado en nosotros la experiencia dolorosa de nuestra miseria, el desgarramiento interior entre nuestros deseos de santidad y nuestra constante impotencia y pobreza. Podemos decir, como san Pablo: “Quisiera, pero no puedo” (Rm 7,15 y ss.)*

*Se trata de un momento crucial en la vida de un hombre que busca a Dios, y que va a decidir el sí o el no de su partida hacia la santidad real y no soñada. Dos soluciones se le pueden presentar: o bien declara imposible la santidad e invierte todas sus energías en lo inmediato y concreto, o bien acepta radicalmente la humildad de su condición humana y se hunde únicamente en Dios por la confianza. Pero para esto es preciso que una palabra de Dios venga a iluminarle sobre el misterio de la misericordia de Dios frente a la miseria del hombre» (Jean Lafrance, **Mi vocación es el amor**, p. 52).*